

# Como Penélope...

*"Tristes a fuerza de esperar,  
sus ojos parecen brillar  
si un tren silba a lo lejos..."*  
(J. M. Serrat)

Creí que iba a quebrarse. El viento precoz de abril en las esquinas, corría a grandes zancadas sobre el murallón del puerto que condenaba al río a romper contra el granito a toda hora. Ella sin embargo permanecía inmóvil, como clavada a la piedra, o mejor dicho como si fuera parte de la piedra misma. Así, dura, gris y expectante, como una estatua romana esperando reivindicación.

Me asombró a tal punto que, bajo riesgo de perder mi ansiada concentración, frené la carrera y me quedé mirándola un largo rato. Tan enérgico y a la vez resignado era su semblante, que las oleadas de viento se abrían ante ella y volvían a cerrarse por detrás de su figura.

Enseguida la catalogué como una sola y sola mujer a la espera. Su aspecto era como un aspecto cualquiera: jeans, botas, una campera amarilla, un bolso eterno que no descolgó nunca de su hombro derecho y el pelo librado a la voluntad-ambiente; pero lo que más me llamó la atención fue la inexpresividad de su rostro y la tristeza inabarcable que cargaban esos ojos.

En un principio pensé en acercarme, llena de curiosidad por ver qué decían esos ojos que supuse -pues a más de veinte metros no distingo un sapo de una liebre- vidriosos, por el golpeteo incesante del aire en el rostro.

Y aunque quise quitarle interés a aquella mística mujer que a las seis y media de la tarde ventosa de aquel día permanecía erguida en el viejo murallón, me seguía inquietando su anómala presencia de espectro a medio acabar.

Mientras deshilaba incoherencias acerca de la misteriosa dama, la hebra de una de mis neuronas -ya quedan menos-, observó algo cabal, y me encontré a las siete de la noche frente al río, diciendo, jadeante por la carrera: Como... como Penélope.

Era cierto, ella esperaba algo indudablemente, y allí estaba la razón por la cual miraba el río como si éste le debiera algo; pero por el contrario, mi Penélope no era una acreedora impasible; aguardaba su pago sin esperar, creo yo, aguardaba por inercia, por esperar algo, para sentir el sobrecogimiento de una cara, un barco, o una bicicleta alocada, o tal vez un silbato. Siempre creí que es más emocionante, y seguramente menos infructuoso, aguardar algo que sabemos imposible caminando por la calle, en un aeropuerto -donde siempre vuelve gente- o, como Penélope, frente a un río apaciblemente movedizo, en un continuo darse y quitarse de olas ocre. Cuando logré sofocar ese jadeo propio de quien hace mucho que no mueve la osamenta, comencé a caminar en dirección a ella con la esperanza de poder entablar un diálogo. Me acerqué despacio; levitando casi sobre las hojas prematuramente huérfanas, caminé hasta el murallón gris y volví a mirarla, ahora de perfil; supongo que no oyó el saludo que apenas esbocé cuando la escasa luz me anticipó la noche. Entretanto, mi Penélope seguía atenta al devenir de la espuma, seguía tejiendo con los ojos una bufanda interminable de miradas oblicuas; tejía, así, sin moverse, con una lana de nubes tristes, y de repente me vi observando embelesada la obra lapidaria de una mujer impenetrable que tejía esperas con la brisa.

Miré hacia todos lados; me sentía mirada, pero a esa hora el viejo murallón era la cita obligada de pescador-

res y enamorados furtivos, preocupados unos y otros en sus redes finas, como para ceder su atención a una mujer sola que observaba el río.

Yo miraba a mi Penélope y me miraba, quizá porque no la entendía, ni me entendía, o no quería hacerlo. El buzo que llevaba ya no oponía resistencia al frío nocturno y dentro de las zapatillas los pies comenzaron a entumecerse: por un momento le envié mis botas a Penélope.

Lentamente me acerqué aún más y para no parecer molesta, comencé a mirar yo también el río revuelto, acaso levemente hendidado por un esporádico barco oscuro, o una gaviota tar-

ver mi red infinita y postergada. Ya no quise fingir: si los ojos de Penélope cobijaban tristeza sin vergüenza, los míos aprenderían a cargar con ella sin temores ni pudor falso.

Bajo aquel cielo petróleo, sobre aquel río petróleo y con el frío radiografiándome los huesos, ya no había distancias entre Penélope y yo; no había secretos en el tácito compromiso.

Nunca como aquella vez te esperé tanto. Por eso cuando Penélope me miró respondiendo a un saludo que nunca formulé, mis ojos vieron con su mirada triste, mi hombro derecho descendió bajo el peso del bolso inacabable y nadie notó que sobre el río,



día y hambrienta. Las aguas se ofrecían a la vista como un bálsamo ingenuo y yo, al igual que Penélope, me dejé atrapar por su caprichoso vaivén, ajena al frío y las estrellas; surgió en mí el ansia desenfrenada de esperar algo, no sé, ganas, de pronto, de contarle a alguien por qué esperaba sola y qué esperaba, si esperaba.

Como Penélope, aprendí a tejer recuerdos y a enredar miradas con el viento, y a esperar el horizonte sin moverme, a tejer el sol con las estrellas y a mirar sin

aquella joven noche fría de abril, alguien frenó la carrera, y supongo que tampoco nadie advirtió que la sola y sola mujer a la espera, como Penélope, permaneció tejiendo el río, allí parada -como les dije- con sus jeans, su campera amarilla, su bolso inacabable y un par de zapatillas blancas.

**Natalia Montini**  
3er. Año, Letras.